

VI Domingo de Pascua, / B

Hch 10,25-26.34-35.44-48

Salmo 97

1 Jn 4, 7-10

Jn 15, 9-17

1.- En una hora como esta nuestra, en la que tanto se habla y reflexiona sobre el redescubrimiento y reformulación de la "identidad" del ser cristianos, resulta urgente subrayar un dato radical de esa identidad: Para el creyente en Jesús, todo arranca de Dios.

El cristianismo en cuanto expresión religiosa histórica y actual, no es producto del ingenio humano, ni de la benevolencia del corazón del hombre, ni de los mejores esfuerzos de la inteligencia y de la voluntad de las generaciones. La iniciativa proviene de Dios. "No sois vosotros los que me habéis elegido; soy yo quien os he elegido", afirma Jesús. Y el mismo Apóstol, en su primera carta insiste: "En esto se ha manifestado el amor que Dios nos tiene, en que Dios mandó al mundo a su hijo único para que vivamos por medio de Él" y añade: "En esto consiste el amor: No en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos ha amado y nos ha enviado a su Hijo".

2.- Creyente es, según esto, el que acepta el don de Dios, el que desde su libertad asume el amor que Dios nos ha entregado desde siempre por medio de su Hijo. En la raíz última del ser humano está la presencia dinámica de Dios, que, siendo amor, convierte al hombre en una potencia expansiva de amor. En lenguaje filosófico se hablara de que el hombre se constituye en y por la relación con los demás hombres; del que el "yo" de cada cual se conforme y patentiza sólo y únicamente cuando entra en relación con el "tú" de sus prójimos y cuando de esta relación de dos o más personas, libremente asumida y vivenciada, se hace surgir la conciencia amorosa del "nosotros" comunitario.

3.- El creyente en Jesús va reafirmando su humanidad y su humanización en la medida que acepta vivir la experiencia del amor de Dios en él como fundamento e impulso de su amor a todos los prójimos. Por nuestro origen y nuestro destino en un Dios que es relación personal amorosa y por ello libre, somos una capacidad de amor llamada a ponerse en práctica. Se comprende, según esto, la insistencia neotestamentaria en que la autenticidad del amor a Dios se califica y expresa en la autenticidad del amor del creyente al hombre. "El amor es de Dios --dirá san Juan--, y todo el que ama ha nacido de Dios" La fidelidad a los mandamientos de Dios indica esto mismo. Creyente, amador de Dios, obediente a los mandamientos es aquel que ama a su prójimo y deja que el amor de Dios pase a su comportamiento.

4.- La primera de las lecturas de hoy, tomada de los Hechos de los Apóstoles, confirma este mismo criterio. Dios se revela a Pedro en unos signos, tales como la conversión de Cornelio y la efusión del Espíritu sobre los gentiles. ¿Habrá que concluir de aquí que, junto a la revelación verbal, Dios utiliza la revelación de los signos de los tiempos? Sin duda. Pero hay que concluir, además, otro dato de

enorme importancia: El amor de Dios también se revela a los ojos de cada cual y a los ojos del mundo en las obras o signos del amor del creyente para con el mundo. El Dios que habla, a través de los signos de Cornelio y los gentiles sigue hablando hoy también a través de los gestos y de las actitudes de acercamiento a los problemas que angustian a los hombres. Y el actuar desde la libertad del amor, el hombre, simultáneamente, se humaniza y se diviniza, realiza su vocación en la tierra y madura para su destino último --pero ya actuante y presente-- de hijo adoptivo de Dios en la salvación.

**Padre Antonio Díaz Tortajada**